

CAPITULO LV.

ILUSIONES DE AMOR.

Era el 28 de julio de 1854, cuando, como hemos referido ya en otro capítulo, alentadas María y Rosa por la seguridad que les había dado don Antonio de Aguilar de que Enrique se salvaría, se separaron de la alcoba del herido para entregarse al descanso que el estado de desfallecimiento de estas dos angelicales mujeres reclamaba.

Quedaron solos en la alcoba el interesante enfermo, que dormía tranquilamente, y la linda cuanto piadosa jóven hermana de la Caridad.

Hemos dicho también que esta candorosa criatura se había sentado á la cabecera del lecho del enfermo en la misma silla que hasta entonces no había abandonado María un solo momento.

El silencio que reinaba en aquel recinto de amargura, era solemne; y únicamente le interrumpían la casi imperceptible respira-

cion del enfermo, y algun prolongado suspiro que se le oía exhalar de vez en cuando.

La piadosa jóven que le vigilaba como vigila un ángel el sueño de la inocencia, tenía clavadas en el pálido rostro del enfermo, las pupilas de sus bellos ojos, de los cuales manaban copiosas lágrimas como de los de la Magdalena cuando contemplaba al crucificado.

—Tan jóven, tan bello, tan generoso...—decía para sí la compasiva hermana;—y el infeliz se halla próximo á bajar al sepulcro!... ¡ Hermosa flor agostada al nacer!... Pero no, no, no morirá... el facultativo alberga la dulce esperanza de salvarle, y vivirá... vivirá para hacer la felicidad de su madre... ¿De su madre?... ¿Solo la felicidad de su madre?... ¡ Dios mio!... ¡ Dios mio!

Y prorumpió en sollozos mal reprimidos, cuya esplosion despertó al enfermo.

—¿Estás aquí, mamá?—preguntó Enrique con voz desfallecida, buscando con su descarnada mano, la mano de su madre.

La hermana de la Caridad no se atrevía á darle la suya, ni á responder; tampoco se lo permitía su llanto.

—¿Por qué no me respondes? ¿Dónde está tu mano?

La mano de la jóven se aproximó á la del enfermo como atraída por una fuerza irresistible.

—Tú no me abandonarás nunca, mamá... pero... desgraciadamente voy á dejarte yo... ¡ A dejarte para siempre en pago de las inmensas bondades que te debo... en recompensa del amor que me profesas! Madre, madre mia... tu perdon... tu perdon... no quiero morirme sin que tú me perdones.

Y después de una prolongada pausa, añadió:

—Mamá, he de hacerte una confesion que te desgarrará el alma. ¡ Siempre causándote sinsabores!... Será el último... el últi-

mo... sí... porque voy á morir; pero quiero que antes me perdones y me bendigas. Mamá, tú has sido siempre una amiga para mí.... bien lo sabes.... siempre he depositado mis secretos en tu amor. Escucha.... yo no sé si podré coordinar mis ideas.... tú las comprenderás... ¿verdad, madre mia?... Pero... yo no sé... ¿qué iba á decirte? Ah!... sí... tú lo sabes ya... amaba yo á una niña... por ella tuve un desafío... ¿te acuerdas? Si entonces hubiera muerto.... no hubiera visto después á mi adorada Matilde casada con otro.... no hubiera turbado su sosiego.... no hubiera causado la muerte de nuestro bienhechor.... Matilde huyó horrorizada.... Sin duda me maldijo.... sin duda me aborrece como se aborrece á un asesino... Pero yo la amo... yo la adoro, madre mia, como se adora á Dios... En este momento la idolatro mas que nunca... Sin ella no podía vivir.... La idea de que me aborrece como al mónstruo que ha causado su desgracia, abrumaba mi fantasía y me asesinaba lentamente. Yo no podía sufrir esta tortura, este incesante suplicio, y ansiaba la muerte. La reciente revolucion ha sido favorable á mis designios... busqué el peligro... porque yo no podía vivir sin el amor de Matilde.... sí, busqué la muerte con afán.... y la encontré. Dios es justo... Dios favoreció mis deseos, madre mia; pero falta que tú me perdones para que me perdone él tambien. Solo tengo un pesar, mamá.... un pesar que me atormenta de una manera horrible. Me voy á morir con la conviccion de que Matilde me aborrece.

—No, no, Enrique—esclamó como impelida por un acceso de enagenacion mental la piadosa hermana.—Matilde no te aborrece, Matilde te ama... te ama con toda la vehemencia de un amor inextinguible.

—¿Qué voz es esta, Dios mio?

—La voz de tu Matilde, que jamás dejó de amarte.

—¿Matilde tú?

—Sí, Enrique, tu fiel Matilde que quiere volverte á la vida ó morir contigo.

—El delirio... siempre ese delirio atroz que me atormenta.

—No, Enrique mio, no deliras, tu Matilde está á tu lado, y te jura de nuevo eterno amor.

—¿Lo oyes, mamá?... Es la voz de Matilde... la conozco muy bien... es su voz de ángel que me jura amor... pero mira... ¿no ves allí un charco de sangre?... Allí murió su esposo... nuestro amor criminal le asesinó.

Y después de pronunciar las precedentes palabras, cayó el enfermo en una profunda postracion.

Matilde, la infortunada viuda de don Fermin del Valle, que en efecto no era otra la hermana de la Caridad, quedó tambien aterrada al oír las terribles palabras del enfermo.

—Perdon, perdon, Dios mio;—murmuró la infeliz con desesperada amargura, —perdon si ofendo á la memoria del mas generoso de los maridos. ¿Por qué me le arrebataste, Dios mio? Si eres tú quien desde el trono celestial diriges los destinos de todo lo creado, ¿por qué inspiraste un crimen tan horroroso al mas bello de los corazones? ¿Por qué armaste de arma suicida la mano bienhechora que tantos beneficios derramaba en el mundo? ¿Por qué no le conservaste á mi gratitud, á mi fidelidad? ¡Oh!... sí... yo le hubiera sido siempre fiel... se lo juré al pié de los altares, y nunca hubiera faltado á mi juramento.

Las reflexiones de Matilde fueron interrumpidas por un ¡ay! que en doloroso y amortiguado acento exhaló Enrique.

Matilde paró la atencion y oyó las siguientes palabras:

— ¡Y me habia jurado eterna fidelidad!... ¡Y se casó con otro!..

— Es cierto — pensó temblando la infortunada Matilde. — He sido ya una vez perjura... Pero bien sabe Dios que no fué culpa mia. — Y dirigiendo la palabra al enfermo, añadió: — Perdóname, Enrique; tú sabes que los dos hemos sido víctimas de un cruel engaño. ¿Por qué te afliges ahora con esos tristes recuerdos?

— ¡Otra vez su voz engañadora!

— Enrique de mi corazón, yo no te engaé jamás... te dije que te amaba porque en efecto me abrasaba en el fuego de mi primer amor... de un amor inextinguible, que será también el último. Tú sabes ya las causas que me unieron á otro mortal... cuya memoria debemos respetar.

— Pero ¿quién eres tú? — preguntó Enrique entreabriendo los ojos.

— Soy tu Matilde.

— No puede ser, Matilde me abandonó para siempre.

— Creí de mi deber renunciar para siempre á los goces de este mundo, y me retiré á un santo asilo para consagrar el resto de mis días al rezo y á la penitencia. Creí que de este modo alcanzaria de la misericordia Divina el sosiego de nuestros corazones. ¡Loca de mí! A todas horas eres tú el objeto de mis plegarias. Comienzo por orar por tí, por tí, que eres lo único que en este mundo me interesa; pero olvido en breve que estoy orando, olvido que dirijo mis plegarias á Dios, y solo me acuerdo de mi Enrique y del amor que le profeso, de este amor vehemente que se agiganta de día en día y que ya me es imposible avasallar.

— ¿Es verdad, Matilde? — preguntó el herido, que alentado por el apasionado lenguaje de su amada, habia levantado la cabeza y acodado en el cogen, la sostenia con la palma de su mano iz-

quierda. — ¿Eres tú la que estás á mi lado, ó es un ángel que Dios me envia, y que ha tomado tu forma para consolar mis males?

— Soy yo, bien mio, mas enamorada que nunca... Vengo á darte la vida... vengo á reparar mi primera falta... vengo á labrar tu felicidad y la mia.

— ¡Ay! Matilde, Matilde de mi vida!... Si, tú eres... Dios me da aliento para reconocerte... Esta vez no sueño... no deliro... ¿verdad que no deliro? Tú estás aquí, sí, estás aquí conmigo, Matilde mia, y me dices que me quieres... ¡Dulces palabras!... si vieras... han filtrado en mi corazón y le han llenado de un consuelo indefinible... ¡Qué tú me amas!... ¡Oh!... no quiero ya morir... quiero vivir para ser tu esclavo... Pero ¡qué veo!... ese traje... Acabas de decirme que te has retirado á una santa reclusion... ¿Has pronunciado tal vez algun voto que se oponga á nuestra dicha?

— Esa era mi intencion; pero estaba loca al imaginarme que podria vencer la pasión que me avasalla. Afortunadamente no solo no he profesado, sino que no he contraido el mas leve compromiso que coarte mi libertad. Solo he renunciado á mis bienes, cediendo la pingüe herencia que me legó mi generoso protector, á los asilos piadosos que existen en Madrid.

— Tanto mejor, — exclamó radiante de alegría Enrique, — con esa generosa conducta has rendido un homenaje de respeto á la memoria de tu bienhechor, y te me presentas cual te conocí en mas dichosos dias, esto es, sin mas riquezas que tu inocencia, tu hermosura y tus virtudes, tesoros mil veces mas positivos que los que busca la codicia de los hombres. Ya sabes que me sobran riquezas, Matilde mia, y que no ambiciono mas que tu amor en este mundo.

— Mi amor no te faltará jamás, Enrique mio, porque en amarte y verte dichoso cifro toda mi felicidad. Y aun cuando fueras po-

bre como yo, te amaria con frenesí; porque ahora mas que nunca sé por experiencia propia, que ni el fausto ni las riquezas labran la ventura de una alma enamorada.

—¿Con que es verdad que tanto me quieres?

—¿Y puedes dudarle un momento? Si mi amor pudiese darte la salud...

—No temas ya por mi salud, vida mia... me siento muy mejorado... me parece que estoy ya enteramente bueno... ¿Y á quién sino á ti debo agradecer esta dulce transformacion? ¿A quién sino á tus consoladoras palabras debo la mejoría que experimento? ¿A quién sino á tu amor debo este prodigio? ¿A quién sino á ti, ángel mio, deberé el venturoso porvenir que me aguarda? Cuando creí que te habia perdido para siempre, ví que solo en la muerte estaba el término de mis males, y por eso la busqué; pero ahora que recobro el amor de mi Matilde, ¡oh! no lo dudes, estrella de mis ojos, recobraré tambien mi salud.

—Eso es lo que deseo, Enrique, porque tampoco yo podria vivir si tú me llegáras á faltar.

—¿De veras?

—¿Puedes dudarle?

—No, amor mio, no... porque tus palabras son las de un ángel que parece haber descendido del cielo para darme la vida... Y un ángel no puede mentir. Permíteme besar tu mano, esta mano generosa que me arrebató del sepulcro...

Y el enamorado Enrique imprimió un beso de fuego en la mano de Matilde.

—No te ofendas, ídolo mio, — prosiguió alentado por la vehemencia de su calentura, — no te ofendas por esta demostracion de un amor que no puedo reprimir... Tu mano me pertenece ya...

porque quiero ser tu esposo... es el único deseo que me anima... es la única ambicion que tengo... y el dia en que nuestro amor reciba la bendicion de la divinidad, créelo, hermosa Matilde, mi felicidad habrá llegado á su colmo. ¿Serás tú feliz entonces?

—La sola idea de un bien tan supremo, — respondió la apasionada jóven, — me hace estremecer de alegría. ¿Si seré feliz á tu lado? Enrique mio, después de las pruebas que acabas de darme de un amor tan puro, tan vehemente, tan generoso como el que me profesas, el mio no es amor... no es ese amor vulgar que todos los corazones sienten... no es el amor que te he profesado hasta ahora desde el primer dia que te ví, amor que desde aquel momento conocí que seria inestinguible; el amor que ahora me abraza el alma, es superior á todos los amores juntos, es amor que raya en idolatria... porque sé positivamente que solo vives para amarme.

—Sí, paloma de mi alma, vivo solo para amarte... para amarte y hacerte dichosa.

—Amándome tú no puedo ser desgraciada, Enrique mio, porque tambien yo vivo únicamente para tí. Quiero consagrar todos los momentos de mi vida á tu felicidad... quiero ser tu esclava...

—¡Esclava mia tú, Matilde! No, no por cierto... Cuando yo no tengo mas afán que merecer tu cariño... cuando tú eres mi ángel de salvacion, cuya celestial presencia, cuyas palabras consoladoras me han vuelto la salud, me han dado la vida... esta vida es tuya, te pertenece entera, y siento un placer indefinible en consagrártela desde este momento... ¡Oh! no lo dudes, prenda mia, sabré adivinar todos tus deseos, sabré penetrar hasta lo mas recóndito de tu candoroso corazón; leeré en tus bellos ojos todo lo que pasa en tu alma, y antes de que nada me pidas, antes de que con palabras me indiques tus aspiraciones, tus mas insignificantes ca-

prichos, los verás satisfechos por mí, por tu Enrique, por tu fiel esposo, que en vez de esclava, como dices, te quiere señora, y te obedecerá ciegamente como á la reina de su corazón y de todos sus pensamientos. Para esto deseo recobrar enteramente mi salud... y la recobraré, Matilde, la recobraré según el aliento que ahora me anima... Siento una mejoría sorprendente... Nada, absolutamente nada me molesta...

— Es un prodigio, — exclamó Matilde llorando de placer.

— Sí, vida mía, un prodigio tuyo... un prodigio de tu encantadora presencia... un prodigio de tu amor.

— ¿De mi amor?

— Sí, corazón mio... tu amor me ha salvado.

— ¿De veras te sientes mejor?

— Me siento bueno.

— Pero tu herida...

— No me duele..... Verdad es que tengo otra mas profunda aquí...

Y el enfermo llevó su mano al corazón.

De esta guisa embriagados en sus ilusiones continuaron su conversación, hasta que fué interrumpida por algunas visitas.

¡Pobres enamorados! Verdad era que el fuego del amor habia reanimado el abatido espíritu del herido; pero aquel fuego escitado por la fiebre, debia extinguirse muy pronto sofocado por una reacción violenta.

Eran demasiado fuertes las sensaciones que acababa de experimentar Enrique para que no tuvieran lamentables consecuencias, en atención á la gravedad de su herida.

¿Y la candorosa Matilde?



(21)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

La vista de su Enrique, á quien los padecimientos hacian mas interesante para la tierna y compasiva jóven, y el saber que por ella estaba sufriendo, y que por ella se habia lanzado al peligro ansioso de morir, tenian ébrio de amor su candoroso corazon.

¿Qué extraño era que en aquellos momentos llegase á olvidar lo que debia á su malogrado esposo?

¿Qué extraño era que creyese que aun habia felicidad en el mundo para ella y para su Enrique?

¡Ay! que semejante creencia será efímera!

¡Ay infeliz! que la sombra ensangrentada de tu esposo, ha de perturbar aun tu fantasía y lacerar tu corazon!

Los dos amantes juzgaron conveniente no descubrir á nadie su recíproco amor hasta que Enrique estuviera restablecido, cosa que en aquel dichoso momento de halagüeñas esperanzas, creian ellos muy próxima.

Para entonces reservaban el placer de confiarlo todo á la madre de Enrique, á la bondadosa María, cuyo beneplácito no podian menos de tener por seguro, y con él contaban para realizar sus ardientes deseos y llevar á colmo su imponderable felicidad.

.....

Cuando María y Rosa, después de algunas horas de descanso, volvieron á la alcoba de Enrique, vieron con sorpresa á este incorporado en su cama, y en jovial conversacion con Manuel, Carolina y la hermana de la Caridad.

— ¡Hijo mio! — gritó María corriendo á la cabecera del lecho del herido, de donde acababa de apartarse la hermana de la Caridad, cediendo su silla á la marquesa.

— Ya estoy bueno, mamá; — dijo Enrique con la sonrisa de la felicidad.

:

Y madre é hijo lloraban de alegría y se besaban con ternura, cuando se presentó el facultativo don Antonio de Aguilar.

— ¡Albricias, Antonio! — exclamó Rosa al ver entrar á su marido el médico.

— ¿Cómo así? — preguntó don Antonio, dirigiéndose hácia el lecho de Enrique, á quien tomó inmediatamente el pulso.

Y Rosa añadió jovialmente:

— Enrique está ya bueno.

El facultativo no pudo ocultar un movimiento de disgusto al tomar el pulso de Enrique, y precipitadamente le quitó las vendas que cubrían la herida, examinóla con atención, y lleno de amargura exclamó para sí:

— ¡Desventurado jóven!



CAPITULO LVI.

LA PESADILLA.

Vehementes en demasía habian sido las emociones que la pobre hermana de la Caridad, la enamorada Matilde habia experimentado el 28 de julio junto al lecho del dolor de su infortunado y fiel amante, para que pudiera abandonarse tranquilamente á la dulzura de apacible sueño.

Tocábale aquella noche dormir, en atención á que Rosa y María habian disfrutado ya de algunas horas de descanso, y quisieron las dos velar al herido, cuyas apariencias de notable mejoría siguieron hasta media noche, derramando el consuelo de dulcísima esperanza en los sensibles corazones de su buena tia, y de su cariñosa madre.

Pero no, la impresionable María no habia descansado, no habia dormido un solo segundo.

Ya sabia ella muy bien que separada de su hijo enfermo, le seria imposible dormir.